

## En una aldea perdida

# Joaquina Tuñón desearía ver la carretera y vivir en una casita

## Bandujo y Traspeña sufren las consecuencias de los pueblos marginados

Por Celso G. DIAZ PEYROUX

N puente de hormigón sobre el río Valdecerezales es el único vestigio de la técnica moderna que encontraremos en nuestro itinerario hasta Bandujo. Desde aquí, hasta esa remota aldea cuya fundación se pierde en los anales de la historia, no veremos más que un paisaje paradisiaco. La obra maestra de un algo superior al ser humano. Uno de los más grandiosos parajes que la madre natura ofrece a quienes aman el silencio, la paz y ese sosiego tan buscado por el hombre de hoy, envuelto por la vida bulliciosa y turbulenta. Puentes, muchos y centenarios puentes contruidos de madera que pasan por encima de un arroyo saltarín, sintiendo sobre las paredes de piedras musgosas la caricia de sus aguas cristalinas. Cascadas que brincan desde lo alto del lecho torrencial rompiéndose en loca carrera contra el suelo en mil destellos de espuma plateada. Árboles en cuyos troncos parecen dibujarse las siluetas de los mil personajes de Disneylandia. Una senda sinuosa abierta de tiempo en tiempo en la roca viva. Y en lo alto —como atalayas infranqueables, dos peñas caprichosamente cinzeladas, por donde asoma un trozo de cielo—, corren a ambos lados del arroyo como dos centinelas que montan guardia ante una reliquia para preservarla de la mano destructora del hombre.

Ya estamos en Bandujo. El pueblo con sus cinco barrios está inmerso en una espesa niebla que baja a raudales de las montañas vecinas. El camino hasta aquí ha sido largo y angosto, pero el espectáculo que se abre ante nosotros bien merece el sacrificio realizado. Las gentes —las pocas gentes que quedan— trabajan en silencio. Los últimos ramos (especie de trineos) de hierba llegan a los pajares. Este año, la recogida del heno, se ha adelantado por el buen tiempo. En las huertas se recogen las primeras patatas.

Bandujo es un enorme pueblo. Sus casas vetustas abrigaron dentro de sus muros de piedra varias generaciones. En un pequeño altozano, se columbra la silueta cilíndrica de una torre medieval. Como ella es nuestro objetivo —pues dentro de sus paredes centenarias, vive nuestra protagonista—, hacia allá dirigimos nuestros pasos.

Al pie de la torre —situada sobre un promontorio de caliza— hay una anciana cortando leña. La saludamos, y luego de decirle nuestro propósito, nos sentamos en una de las piedras de la escalera, que da acceso a la única puerta de la senil morada.

Joaquina Tuñón es una viejecilla de pelo plateado que está rayando los ochenta y un años. A pesar de los surcos que llenan su cara, se la ve llena de dinamismo y con muchas ganas de vivir. Es afable y la sonrisa nunca se aparta de su boca. Habla con soltura y siempre tiene una respuesta a la pregunta que le hacemos. Comienza a hablarnos de su ya lejana juventud vivida en el pueblo y de las costumbres y tradiciones de la época. Nos habla de las viejas casas solariegas y de las familias hidalgas de Bandujo.

—En este pueblo —nos dice Joaquina— vivieron muchos señores, de los cuales, unos eran buenos y otros malos. Pero los pobres siempre trabajaron para unos y otros. El último fue don Fabián de Tuñón, hombre muy justo y bondadoso.

Le preguntamos por qué vive en esta torre, de quién la heredó y anécdotas que sepa sobre ella.

—Esta torre —nos contesta— es de cuando los moros y fue vendida por don Gumaro Tuñón en el año 1903 a mi padre, según documento que obra en mi poder firmado por el notario de Caranga.

Joaquina recuerda muy

pocas cosas acerca de la torre y de las gentes que la habitaron. Más tarde, ya dentro del recinto, nos contaría algunas cosas relacionadas con la torre y el pueblo.

La torre, como queda dicho, es cilíndrica con unas medidas que se aproximan a los doce metros de altura por siete de diámetro. El tiempo y los elementos han hecho mella sobre todo en el tejado en el que aparecen diversas roturas en el alero. Por escritos de historia, sabemos que la torre, efectivamente, es medieval, pero ni por el estilo de su arquitectura ni por el escudo que campea en lo alto, sabríamos situarla —tal vez por ser profanos en la materia—, en una época concreta.

Seguimos interesándonos por la torre y picados por la curiosidad, rogamos a Joaquina nos enseñe el interior. Ella accede gustosamente y sirviéndonos de guía nos conduce a través de una escalera de madera hasta el primer piso donde se encuentra la cocina. Seguimos subiendo y llegamos al segundo piso, donde Joaquina tiene su habitación. Por otra escalera subimos a la parte más alta, donde hay un desván espacio-

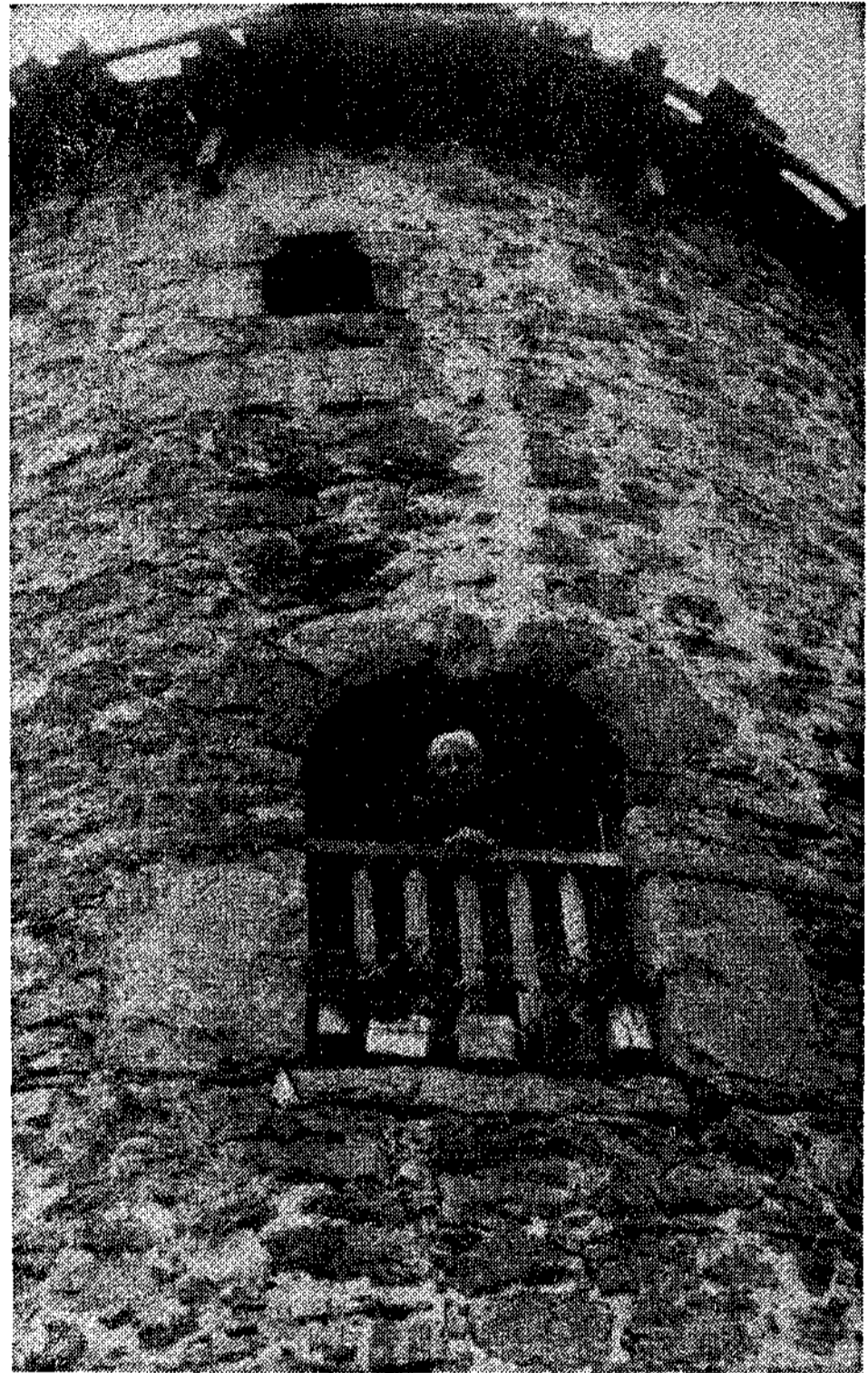
so en el que abundan las goteras y las rendijas por las que se cuelean el frío, la lluvia y el viento. De nuevo en la cocina, frente a un balcón desde el cual se abre una hermosa panorámica, doña Joaquina Tuñón sigue hablándonos de muchas cosas.

—Esta torre me la quieren comprar y yo la vendería con gusto, a pesar que es un recuerdo que guardo de mi padre. Pero los compradores me ofrecen poco dinero.

Para Joaquina representa esta torre un recuerdo de familia, pero ella va más allá en busca de un tesoro escondido. La leyenda cuenta que en algún recóndito lugar del vetusto torreón o en el pasadizo secreto que conduce hasta el río —según nos cuentan los habitantes de Bandujo—, hay una «chalga» o riqueza de oro escondida por los moros en su huida. Cuando hablamos a Joaquina de todo esto, medio en serio y medio en broma, no tiene por menos de esbozar una sonrisa.

Nos interesamos indiscretamente por la vida íntima de Joaquina y ella sin darse por aludida nos la resume con brevedad.

—Nací en Bandujo y salvo los años que pasé trabajando en servicios domésticos, siempre viví aquí. Tuve la niñez y la juventud de cualquiera de las hijas de un labrador humilde. A la muerte de mi padre heredé —como ustedes saben— esta torre y desde entonces vivo en ella. Espero que me la compren y con ese dinero vivir en una casita más cómoda, aunque —como ustedes ven— la confortabilidad en todo el pueblo brilla por su ausencia. No tenemos ni luz eléctrica, ni agua, ni saneamientos, ni carretera. Imagínese que esto es un verdadero pueblo medieval en el que viven, conviven y sufren veinte familias y yo soy la vieja y arruinada señora de esta mole de piedra.



Joaquina se asoma al balcón de su torre

—Hago, como ven —continúa Joaquina—, muy poco en todo el día. Antes leía mucho, pero ahora tengo principios de cataratas y no hago más que escuchar las noticias y las cosas interesantes por un transistor de pilas que tengo. La parte económica también deja bastante que desear, pues sólo percibo el subsidio de vejez que bajo a cobrar a la Caja de Ahorros de Proaza.

Joaquina nos sigue hablando del «uxu», un ave nocturna de la mitología y de la estrofa que se recuerda en «Banduxu», como llaman a su aldea los del lugar. «En Banduxu canta el uxu, en Traspeña la rapieza (zorra), y bajando pa Caranga, la miseria puñetera». También nos habla del hijo, de su nuera y del «nietin» que tiene en Gijón, a los que va a visitar de vez en cuando. Ya para terminar, Joaquina nos habla de las cinco damas que adornan uno de los escudos del palacio vecino, que representaban las cinco mozas que el pueblo tenía que pagar como tributo al señor feudal.

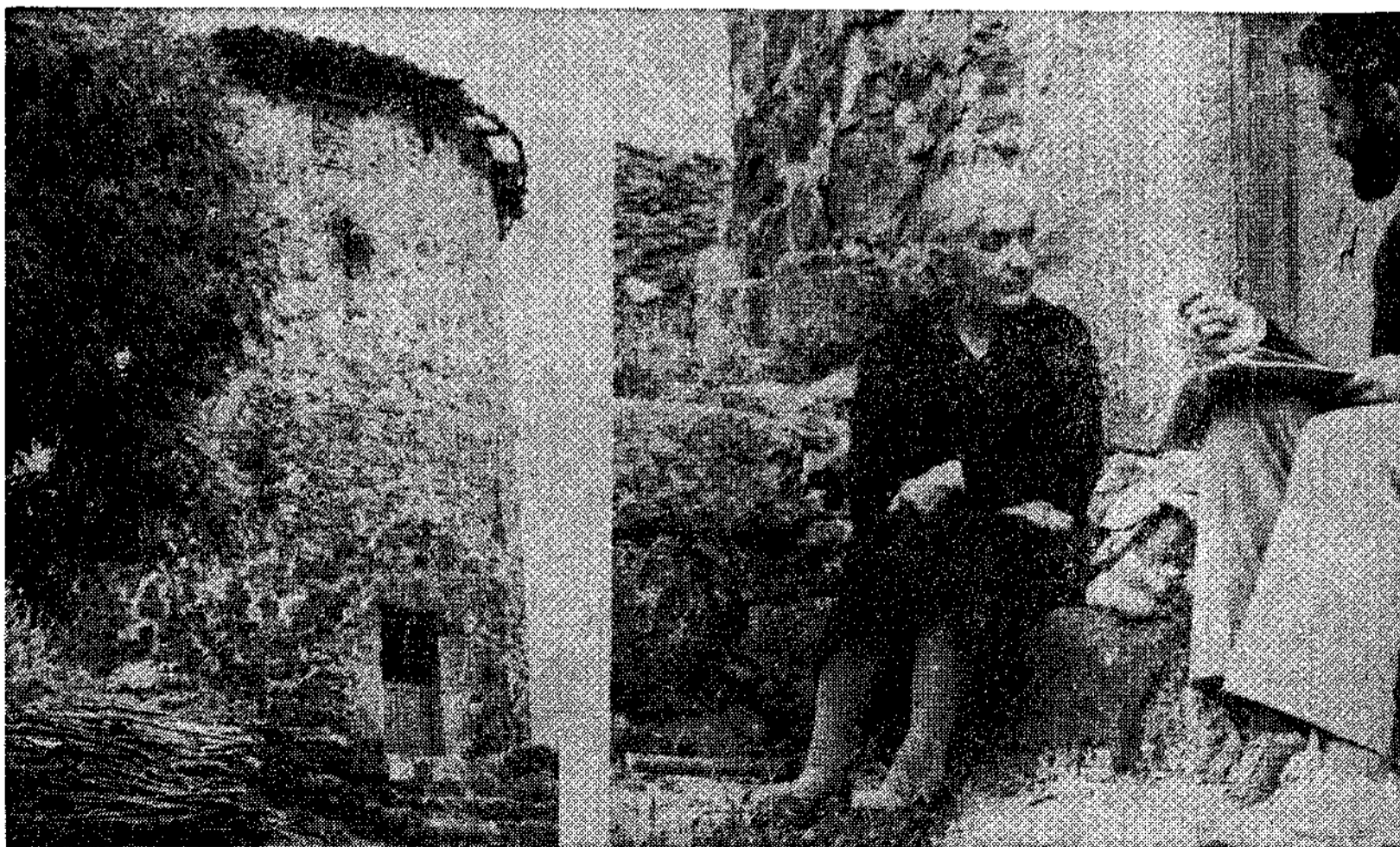
Joaquina nos acompaña hasta un vetusto hórreo que hay delante de la torre medieval, delante de su casa en la que comparte con los viejos muros, ochenta años de soledad.

Allí nos despide con un cariñoso saludo mientras que nosotros, por nuestra parte, le damos las gracias por su amabilidad y le deseamos largos años de vida compartidos entre sus dos grandes ilusiones: su casita —más o menos confortable— y la construcción de la carretera portadora de una nueva era para las próximas generaciones.

Ahora, Bandujo —junto con otras tres aldeas cercanas a él, y que comparten las mismas soledades—, se queda completamente cubierto por la niebla. Con él se quedan sus tres literaturas: la poesía prosaica de su belleza innarrable, la historia confusa de una aldea medieval y la realidad de un ambiente rural, cuyo deplorable estado, bien merece unas líneas, no de poesía —porque el poeta no sabría tal vez cantar la pobreza y la miseria que los envuelve—, sino de un estudio socioeconómico para dar tan sólo a estas gentes humildes lo que merecen.

Allí —junto con Joaquina Tuñón y su mole de piedra— se quedan los «descolgados». Gentes aisladas, perdidas en el tiempo, inexplicables como miembros de una sociedad perfectamente organizada.

Fotos: Longo y Peyroux



Joaquina habla con nuestro corresponsal